

Organización y Desorganización Social

Por Stuart A. QUEEN. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción de Angela Müller Montiel.

Suposiciones e Hipótesis

LOS dirigentes de nuestra sociedad democrática, frecuentemente suponen que el éxito de las organizaciones, que tienen un propósito determinado, depende principalmente de la participación general de todos sus miembros. Por eso siempre amonestan a todos sus afiliados para que tomen mayor participación en las actividades. Los políticos exigen a los miembros de su partido que asistan a las asambleas y contemplen atentamente todos los sucesos. Los funcionarios sindicales se preocupan mucho de que los afiliados paguen las cuotas, obedezcan el reglamento y presenten un frente unido en las huelgas, apoyando a los amigos y castigando a los enemigos. Los jefes de los boys scouts hablan constantemente de la necesidad de portarse noblemente, ganar banderas de mérito y tomar parte en los campamentos. Los clérigos recomiendan la asistencia a los templos, el apoyo financiero a las instituciones religiosas, casarse dentro de la fe, etc. Por muy capacitados que se sientan los jefes para formular los programas, tomar decisiones, dar instrucciones y consejos, todos reconocen que la participación activa de los miembros de la asociación es esencial para lograr los propósitos del grupo, y a veces hasta para la supervivencia del mismo.

Algunas investigaciones realizadas por sociólogos y especialistas en la materia indican que esta suposición no carece de base. Las obras de Kurt Lewin, Grace Coyle, Saul Alinski, Leroy Bowman y otros, propor-

cionan suficientes pruebas de la relación que existe entre el éxito de los grupos y la participación individual.

El estudio y la práctica de la "organización de la comunidad" indican que para hacer que un grupo de vecinos o comunidad funcione como grupo social, se necesita la participación activa de todos los vecinos y ciudadanos. Me refiero aquí a los estudios del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (división de población y mejoramiento rural) de los colegios de agricultura, los consejos comunales, el experimento de Unidad Social en Cincinnati, realizado hace 30 años y muchos otros. Las investigaciones de los sociólogos y la práctica de los trabajadores sociales indican que la preservación de estos grupos locales se encuentra íntimamente ligada con la participación activa de todos sus miembros.

Muy importantes estudios específicos sobre este problema resultan los de Mangus y Cook, en Ohio, de Lindstrom en Illinois, de Anderson en Nueva York y de Wakeley en Iowa. De hecho, las mismas definiciones de vecindad y comunidad implican, si es que no especifican, la participación de todos en la tradición, los intereses y las actividades.

Una segunda suposición de los dirigentes de la sociedad democrática y de los que estudian la vida del grupo, es que las personas que son activas en un grupo, también lo son en otro. Es una observación común que, cuando quiere uno que se haga algo por una organización o comunidad, lo mejor es encargar el negocio a alguien que se ocupe especialmente de cosas parecidas. Los líderes de las comunidades, los partidos políticos, las sociedades científicas, etc., generalmente son hombres o mujeres que se mueven activamente en varios grupos.

En apoyo de esto, tenemos un artículo escrito por Ray Wakeley en la revista "Sociometría", (noviembre de 1947). En dicho artículo se mencionan las medidas adoptadas por algunas universidades para impedir que los puestos oficiales se concentren en unas cuantas manos. Lo mismo encontramos en el consejo ofrecido por el Anuario de Trabajo Social (1947 pág. 553) que dice "los comités efectivos deben contar con los servicios de todos los miembros activos y notables de la comunidad, a los que se hará figurar sucesivamente por rotación o por cualquier otro medio". Todo esto significa que existe una profunda diferencia en el grado de participación social de los diversos miembros y que las personas cuyo grado de participación es más elevado son especialmente importantes para el sostenimiento y el éxito de los grupos e instituciones.

Una tercera suposición, para la cual tenemos también algunas pruebas es que las situaciones en las que se nota una disminución de la participación social son aquellas en las que “los síntomas de desorganización social” son muy claros. Nos referimos aquí a la miseria, la delincuencia, las enfermedades, hogares destruidos, desórdenes mentales, etc. Por ejemplo, un estudio hecho en Kansas City, hace algunos años, establece una comparación entre dos distritos, muy semejantes en cuanto a composición étnica, situación económica e instrucción, pero muy distintos en lo relativo a casos de delincuencia juvenil, clínicas y medios de ayuda. Una variable concomitante fue el conjunto de miembros en los grupos organizados, tales como clubes, uniones industriales e iglesias. También se encontró otra variable importante, la movilidad residencial, y resulta difícil separar la influencia de la movilidad de la de la participación en los grupos.

Tenemos pruebas adicionales, aunque incompletas de la relación negativa que existe entre la distribución de las llamadas manifestaciones patológicas sociales y la instrucción formal. Encontramos que esta última se encuentra positivamente relacionada con índices de participación social que serán discutidos posteriormente. Los estudios ecológicos de las diversas ciudades demuestran claramente que la miseria, el vicio, el crimen y las enfermedades abundan en las regiones en donde la instrucción es baja y en las que la participación social de cualquier clase es reducida.

En su disertación doctoral presentada ante la Universidad de Washington en 1935, Jessie Bernard demostró que la práctica de formas de vida comunales se encuentra positivamente asociada con la propiedad de un hogar, los matrimonios estables, y los ingresos seguros, y, negativamente relacionada con la movilidad. Las personas que tienen gran participación en las actividades vecinales, generalmente son las que tienen mucho tiempo de vivir en la zona y también las que participan en las instituciones locales, preferentemente en las iglesias.

Todos estos datos, junto con otros de carácter semejante, parecen apoyar decididamente la hipótesis de que la participación social se encuentra negativamente relacionada con la patología y la desorganización social, por lo menos en cuanto se refiere a una distribución especial.

Entonces surge la siguiente cuestión ¿existe alguna relación entre la participación social y las dificultades personales, en la experiencia de los individuos? Faris y Dunham presentaron en varias ocasiones, prue-

bas de que la exclusión social o el aislamiento, contribuyen a crear algunos tipos de desórdenes mentales, especialmente la esquizofrenia. Algunos estudios más limitados, realizados por estudiantes de la Universidad de Washington, han demostrado que es un síntoma característico de algunos enfermos mentales una participación social muy baja, durante un largo período antes de la internación en un hospital. Se ve también que la relación entre los desórdenes mentales y la participación social, tiene efecto de círculo vicioso, pues la misma enfermedad excluye a la víctima de muchas actividades sociales y culturales.

La relación de la participación social con la miseria se ve bastante clara, aunque las pruebas son menos precisas de lo que deseáramos. Numerosas personas combinan en su experiencia individual los ingresos reducidos con la poca participación en los grupos organizados, poca cooperación con los vecinos, poca instrucción, pocas lecturas, poca asistencia a los museos, teatros, conciertos y otras facilidades culturales. Encontramos datos que apoyan esta tesis en nuestro libro, *Social Pathology*, en el estudio de Warner, sobre "Yankee City", en el de Davis y Gardner, "Deep South," en el de Mangus y Cottarn, "Farm Population" y "Rural Life Activities" y en muchos otros.

En lo referente al crimen, la evidencia no es tan clara. No hay razón para suponer que el grado de participación social entre los criminales profesionales, los criminales de "cuello blanco" o los delincuentes juveniles, sea menor que la que existe entre los ciudadanos apegados a la ley. Y en una comparación establecida entre cien muchachos del Reformatorio de Indiana y cien muchachos no delincuentes, de la misma edad, raza y nacionalidad de los padres, se encontró que el índice de participación social de los delincuentes era mayor que el de los no delincuentes. Sin embargo, parece que algunos tipos especiales de delincuentes, tales como los vagos, alcohólicos, afectos a las drogas y rateros, son personas relativamente aisladas. Además, existen pruebas de que los prejuicios que hay contra los expresidarios, contribuyen a excluirlos de la participación en muchos grupos.

Podemos pasar a la consideración de las hipótesis y los escasos datos que existen referentes a otras dificultades personales, en relación con la participación social, tales como el divorcio, ilegitimidad, desempleo, prejuicios contra los miembros de las minorías étnicas, etc. Pero ya hemos dicho bastante para establecer con claridad que en este terreno se encuentran algunos *problemas* importantes, *hipótesis* probables y *pruebas*

iniciales. Lo que necesitamos ahora es algún medio seguro de medir la participación social.

Ensayos para medir la participación social

Afortunadamente ya se han hecho algunos trabajos y tenemos algunas escalas que se refieren a ciertos aspectos o variedades de la participación social. Uno de los primeros fué la escala de participación social de Franklin, dividida por Atwood y Shideler. Incluye tres categorías:

1. Participación formal, incluyendo: escuela, clubes escolares, y equipos deportivos, iglesias, clubes religiosos, escuela dominical, boy scouts, asociación cristiana de jóvenes y trabajo en grupos.

2. Participación informal incluyendo: grupos de muchachos, amistades femeninas, juegos tales como el tenis, los billares, la piscina, grupos de bailes y competencias.

3. Participación derivada, que incluye: cine, radio, periódicos, libros y revistas.

No solamente se tomaron en cuenta los tipos anteriores, sino también la falta de participación. En los casos de participación formal e informal, el mensuramiento incluyó factores tales como la posición de la persona en el grupo, el promedio de sesiones de grupo a las que asiste y el tiempo que dedica cada semana a la organización y actividad del mismo. En el caso de la participación derivativa, el mensuramiento incluyó factores tales como la clase de lecturas, el tiempo que se dedica a ellas y el número de veces que se asiste al cine.

Cada uno de los puntos de esta escala fué considerado de acuerdo con el grado de influencia que se piensa que ejerce sobre la personalidad de los jóvenes de 12 a 16 años de edad, inclusive. Los valores se asignaron arbitrariamente a cada punto, por seis jueces de la materia. Después se sacó un promedio de valor por cada punto y se asignó a cada una de las diversas formas de participación.¹

Otro es la escala de Chapin de 1937, que trata satisfactoriamente la participación en los grupos organizados, pero ninguna otra actividad social. Sin duda que la mayoría de los estudiosos de la Sociología, conocen esta escala. Recientemente Donald Hay construyó una escala para medir

1 *Soc. and Soc.*, Res 18, 436-437, 1934.

la participación social en las regiones rurales (*Rural Sociology*, sept. 1948). Dicha escala incluye puntos semejantes a los de la escala de Chapin y además añade: número de familias visitadas regularmente, intercambio de trabajo o equipo, aldeas o ciudades hacia las cuáles se dirige regularmente el tráfico comercial y actividades de grupo informales, tales como días de campo, juegos de cartas, cines, bailes, etc. En esta forma, la escala de Hay toma en cuenta tipos de participación social no contados en la de Chapin. Algunos de ellos pueden aplicarse a cualquier población de habla inglesa, pero otros, se refieren especialmente a las regiones rurales.

Debido a las limitaciones de las escalas existentes en la Universidad de Washington iniciamos un trabajo, hace varios años con el objeto de producir algo más completo. Hicimos varios ensayos antes de decidirnos por la escala que al fin usamos. Esta se encuentra dividida en cuatro partes: A) Participación en grupos organizados; B) Participación cultural; C) Participación vecinal; D) Participación social informal.

La sección A) está tomada directamente de la escala de Chapin de 1937, con su permiso. La única diferencia es que la aplicamos a individuos y no a parejas.

La sección C) es una modificación de la escala de vecindad formulada por Jessie Bernard en 1935. Quitamos 8 de sus 25 cuestiones, y además revisamos su método de computación. Por ejemplo, ella pregunta ¿“Más o menos con que frecuencia charla usted o visita a sus vecinos”? Y en las respuestas pone: nunca, raramente, a veces o a menudo. Ella cuenta cero si la respuesta cae a la izquierda y uno si cae a la derecha. Nosotros preguntamos: ¿“Más o menos con que frecuencia charla usted o visita a las personas que viven en su manzana”? y en las respuestas ponemos: “una vez al día o más, por lo menos una vez a la semana, pero no diariamente, por lo menos una vez al mes pero no cada semana, nunca”. Y las respuestas las contamos como 3, 2, 1 y 0.

La sección D) se refiere a la participación social informal más allá de la vecindad inmediata, que, para los propósitos de nuestro estudio hemos definido como la manzana. Hemos incluido esta sección porque es evidente que las relaciones sociales de los habitantes de la ciudad moderna, muchas veces se encuentran diseminadas en una amplia región. En ella preguntamos acerca de las visitas a amigos o parientes, de las fiestas que se dan o a las que se asiste, las llamadas por teléfono, las cartas personales, etc. Podíamos haber hecho más preguntas, pero para

hacer más prácticas las entrevistas, preferimos ponernos un límite. Además, en las pruebas preliminares se encontró que estas actividades resultan representativas para una gran variedad de personas.

La sección B) se refiere a los aspectos impersonales del medio social. En ella preguntamos acerca de las estaciones que se escuchan en la radio, del empleo del fonógrafo, el teléfono y el automóvil, los libros que se leen al mes, los magazines y periódicos que se leen regularmente, el número de veces que se asiste por mes al cine, al teatro, a los conciertos, a los grupos de estudio, las competencias deportivas, los museos y las exposiciones. La computación de las respuestas fué hecha en forma totalmente arbitraria. En el último grupo, asignamos medio punto por cada espectáculo al que se asistió, por cada libro, dos puntos y otros *items* tuvieron solamente un punto. Francamente no estamos seguros de que esta manera de computar sea adecuada.

Podríamos haber agregado otra sección. Notará el lector que no hemos dicho nada de la vida familiar que, para la mayoría de las personas es una área importantísima de participación social. Esta omisión fué deliberada y se debe a que consideramos a la familia tan distinta de las otras áreas sociales, que pensamos que necesita estudiarse aparte y en una forma muy detallada.

Así pues, formulamos cuatro distintas escalas, cada una con su propia fórmula de evaluación. El siguiente problema consistió en combinarlas. Después de muchas pruebas, adoptamos este método: Tomamos nuestro material principal compuesto de 1,500 casos y convertimos los resultados de cada sección a porcentajes. Después sumamos estos porcentajes y el resultado lo dividimos en cuatro. Esto se basó en la suposición, admitida, pero no demostrada, de que cada sección tenía la misma importancia. Si aceptamos esto como cierto se hace necesario corregir la enorme variación de los máximos en las cuatro secciones. Por ejemplo, el máximo de puntuación en la sección C) es de 25, en la sección D) es 33, en las secciones A) y B) teóricamente no hay límites superiores, y los máximos de nuestros datos son 93 y 88 respectivamente.

Llegamos así a los inevitables problemas de la validez y la exactitud. Las secciones A) y C) han sido probadas en su forma actual por Chapin y Mrs. Bernard. Las secciones B) y D) se ve claramente que tratan de otras formas de participación social. La intercorrelación negativa entre la puntuación de las cuatro secciones indica que cada una trata con objetos distintos. Pero por lo que se refiere a la sección B), francamen-

te no sabemos si los resultados se modificarían seriamente empleando distintos *items* o asignándoles diferentes valores. Como comprobación parcial de la validez de nuestras escalas, preguntamos a cada una de las personas interrogadas dos cosas: ¿Qué porcentaje de un día común es el que pasa en compañía de otras personas? 0-25, 26-50, 51-75, 76-100. ¿Cuál es el número aproximado de personas con las que tiene relaciones diariamente (incluyendo todas las personas con las que entable cualquier clase de conversación)? 0-5, 6-25, 26-50, 51-100, más de 100. Las siguientes tablas demuestran que la esperanza de que nuestro sistema resultara válido ha sido apoyada por las respuestas a la primera cuestión, y, por lo menos, no negada por las que se refieren a la segunda.

Porcentaje del día pasado con otras personas, en relación con la puntuación combinada de participación social

Puntuación Combinada	0-25%	26-50%	51-75%	76-100%	Nº	Total resp.
Primera	169	26	67	57	3	378
Segunda	108	84	101	82	4	379
Tercera	86	121	71	87	2	367
Cuarta	51	74	135	113	3	376
<hr/> Total	<hr/> 414	<hr/> 361	<hr/> 374	<hr/> 339	<hr/> 12	<hr/> 1500

Porcentaje de personas con las que se tiene relaciones diariamente en comparación con la puntuación combinada de participación social

Puntuación Combinada	0-5	6-25	26-50	51-100	100	Nº	Total resp.
Primera	129	124	60	25	35	5	378
Segunda	68	140	78	50	36	5	377

Tercera	37	152	76	66	36	1	368
Cuarta	31	127	87	78	49	5	377
<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
Total	265	543	301	219	156	16	1500

Hasta ahora no hemos tenido tiempo de comprobar la exactitud por medio del método de mitades separadas y no hemos podido tampoco volver a entrevistar a nuestros informantes, por lo cual consideramos que este tema no ha quedado terminado.

Lo que hemos hecho en realidad es lo siguiente: Después de preparar los cuestionarios y las instrucciones, preparamos para las entrevistas a algunos estudiantes seleccionados. Mandamos a cada estudiante a un distrito determinado de manera de cubrir 128 regiones censales en St. Louis. Comparamos los resultados con las cifras del censo de 1940 en lo referente a sexo, edad, raza, situación conyugal, y estudios. Estimulamos las entrevistas con los negros y con las personas que quedaron abajo de las proporciones medias. Las siguientes tablas demuestran que, como resultado de nuestros esfuerzos, pudimos obtener una tabla representativa bastante aproximada.

Porcentaje de distribución de los casos

	Raza	
	Casos	Población general
Blanca	82.8	87.1
Negra	17.2	12.9
	Sexo	
Mujeres	49.7	52.7
Hombres	50.3	47.3
	Situación conyugal	
Solteros	17.1	17.3
Casados	71.5	65.3
Divorciados y separados	2.7	3.4
Viudos	7.3	14.0

Edad

Años	Casos	Población general
20-29	22.9	23.6
30-39	23.2	23.9
40-49	28.0	20.6
50-59	16.2	15.8
60-69	5.7	10.1
70 y más	4.0	6.0

Instrucción de los blancos

Años	Casos	Población general
0	1.2	2.2
1-4	3.7	8.4
5-8	33.3	58.5
9-12	36.6	22.9
13-15	14.8	3.5
16 y más	0.5	0.8

Instrucción de los negros

Años	Casos	Población general
0	0	4.2
1-4	8.1	19.3
5-8	40.5	52.7
9-12	39.0	18.3
13-15	8.1	2.6
16 y más	3.1	2.1

Las tablas anteriores indican que por lo que se refiere a la raza, el sexo, la edad y la situación conyugal, nuestras muestras resultaron bastante representativas. Por lo que se refiere a la instrucción fueron muchas las personas que declararon haber hecho la secundaria y hasta estudios universitarios y muy pocas las que dijeron que habían tenido poca o ninguna instrucción.

Ya dijimos anteriormente que la puntuación de las cuatro secciones de nuestro cuestionario nos sorprendió por la falta de correlación positiva. Esperábamos que las personas que toman participación activa en los grupos organizados tuvieran poco tiempo para cultivar las relaciones de su vecindad, pero desde luego anticipamos que todos los que participaran

en diversos grupos organizados tuvieran alta puntuación cultural. De todos modos, al computar la intercorrelación de la puntuación en nuestras cuatro secciones, obtuvimos solamente coeficientes negativos.

COEFICIENTES DE CORRELACION

<i>Secciones del cuestionario</i>	<i>Relación pearsoniana</i>
A y B	— .29
A y C	— .18
A y D	— .30
B y C	— .16
B y D	— .39
C y D	— .35

De paso, nos parece importante hacer notar la relación entre algunos otros factores y la puntuación de la participación social combinada. El tiempo de residencia en un distrito y el grado de instrucción se encuentran directa y positivamente relacionados con la participación social. En cuanto a la edad, podemos decir casi lo contrario. No se nota una diferencia muy grande entre hombres y mujeres o entre personas casadas y solteras. En cuanto a la raza, hay una diferencia menor de lo que esperábamos. Los blancos demuestran una mayor participación cultural, pero los negros mayor participación vecinal. De acuerdo con la puntuación de Chapin los hombres blancos son los que tienen la mayor puntuación y las mujeres blancas la menor, encontrándose los negros en un punto intermedio. En las actividades informales, ambas razas y ambos sexos dan resultados semejantes.

Quedan todavía muchas preguntas sin respuesta en el esquema que hemos propuesto para medir la participación social. Desde luego no se toca lo que podríamos llamar la “intensidad de las relaciones sociales”. No establece diferencia entre las relaciones de aceptación y las de hostilidad, las actividades constructivas y las que resultan nocivas para la vida del grupo.

Pero no queremos terminar esta discusión sin hacer de nuevo hincapié en los posibles usos de alguna escala de participación colectiva para estudiar la desorganización social. Dicha escala nos proporcionaría un nuevo método para comprender la diferencia entre los miembros adap-

tados y los inadaptados en un grupo. Podríamos comprobar la hipótesis propuesta al principio de este artículo, referente a la relación de la participación social de los miembros individuales y la supervivencia o el éxito del grupo. Podríamos emplearla también para medir el éxito de un programa para la rehabilitación social de los presos, los diabéticos convalecientes, las madres solteras, las personas desplazadas y muchas otras que se encuentran al margen de la sociedad. Podríamos usarla para ayudar a la población total en la depresión, la guerra, los conflictos industriales y hasta en los llamados tiempos normales. En general, esta escala resultaría muy útil para estudiar muchos aspectos de la desorganización social.